

para la infraestructura. Esta presencia de aviones soviéticos, ¿sería otra violación a las reglas del juego? Parece posible que se pasara por alto estas violaciones si, en cambio, se pudiera asistir a este encuentro de aviones, a su lucha contra los radares, entre sí y, más tarde, contra los mutuos cohetes suelo-aire. Mientras tanto, aparece el «Mirage». Los técnicos militares lo consideran como el mejor avión del mundo. Francia se los vendió a Israel, y se dice que aquellos aviones fueron los que le hicieron ganar la guerra de los Siete Días. Posteriormente, embargó las nuevas ventas y, en cambio, se los facilitó a Libia. ¿Entrarán en la batalla junto al mundo árabe? ¿Qué papel harán entre los «Phantom» y los «Mig»? Muchas ventas dependen de esta competición. Cuando se sabe que el precio de un «Phantom F-4» es de tres millones de dólares —210 millones de pesetas— y que «colocar» un avión supone poder vender cientos de ejemplares, se advierte la importancia de este mercado. El «Mirage» es notablemente más barato. Se vende a unos cien millones de pesetas ejemplar, y las fábricas Dassault tienen encargos en este momento para unos 500 aviones: es decir, por unos 50.000 millones de pesetas. El «Mig» soviético es más barato todavía, y la URSS lo vende, incluso, a precio más barato que el de costo. Sin embargo, la facilidad con que el «Phantom» ha matado setenta personas en el interior de la RAU puede hacer pensar a los posibles compradores que, aunque más caro, es más rentable.

Sin embargo, una de las preocupaciones esenciales de las grandes potencias es la de evitar que esta nueva fase de la guerra vaya a más. Como en el Vietnam, la confrontación militar se desarrolla en dos planos que parecen ajenos el uno al otro. Por una parte, las armas «sophisticadas» de la aviación moderna, con su aspecto de grandes maniobras reales. Por otra, las guerrillas en zonas medievales, en zonas feudales. Israel intenta elevar la guerra al nivel de la técnica militar profesional. Se siente más segura y más fuerte. Los países árabes están en el dilema de tener que sostener la guerra de guerrillas y evitar el enfrentamiento técnico, con el riesgo de que las guerrillas se constituyan en fuerzas por sí mismas y amenacen con su revolucionarismo total los regímenes establecidos. En intento de Hussein de Jordania de desarmar a los guerrilleros —continuando lo que ya emprendió el Líbano—, aprovechando la ausencia de Arafat —de visita en Moscú—, obedece a esta angustia. Pero, al mismo tiempo, la guerra técnica de Israel fortalece las guerrillas y la resistencia. Como consecuencia del bombardeo de El Cairo, Hussein ha tenido que suspender su operación antiguerrilla, y el régimen de Nasser se ha fortalecido en lugar de ser debilitado. Al mismo tiempo, su acción ha sido mal vista por la opinión pública mundial. Ha perdido espectadores. Esto es, que si Israel es más fuerte en las armas modernas y técnicas está obligada a limitarse en su empleo por los efectos laterales que pueden causar, y si los países árabes son más fuertes en la guerra de guerrillas tampoco pueden fortalecerla absolutamente. Parece que las guerras actuales se están desarrollando de esta forma: ninguno de los contendientes puede emplear la totalidad de sus fuerzas. El caso de Estados Unidos, que está perdiendo en el Vietnam una guerra que podría ganar si emplease toda la fuerza militar que dispone, pero que no puede emplear por temor a los efectos colaterales, no resulta único. En el microcosmos de Oriente Medio se desarrolla una dialéctica parecida.

Las potencias dominantes no tienen ningún interés en que este equilibrio o esta dialéctica político-militar se rompa. La idea de que la guerra de Oriente Medio pudiera terminar con un vencedor y un vencido no es coherente con sus políticas. No se ha encontrado fórmula de pacto, y probablemente no la hay, que no produzca un sentimiento de frustración en los dos contendientes. Es falso considerar la idea propagandística de que Israel está combatiendo exclusivamente por su supervivencia. Israel ha ampliado ya su territorio en esta guerra y desea ampliarlo aún más. Pretende no sólo más territorios, sino más predominio económico en Oriente Medio. Pretende ser el país rector de aquella zona. Es igualmente falso creer que los árabes están dispuestos a respetar la existencia de Israel como nación. La consideran usurpadora del territorio que ocupa, culpable de genocidio. La idea de Arafat, de que Palestina —una vez borrado Israel— sería un estado multi-racial, es, por lo menos, utópica. Pero es falso también hablar de los árabes como de una unidad, y de Israel como el único objetivo de su lucha. Israel ha venido a ser el símbolo de la grave situación vital de millones de árabes, como las potencias coloniales lo fueron para los países ocupados en África. La salida de las naciones coloniales no ha mejorado, en la mayoría de los casos, a los países salidos de la colonización; como el exterminio de Israel, si fuese posible, no mejoraría las condiciones de vida de los pueblos árabes. Sin embargo, las grandes potencias desean sostener estas falsedades. Son las bases de la guerra.

## Francia

### LA REPUBLICA DE LOS "MANAGERS"

Son muchas las piezas que hay en la construcción política que nos presenta Jean-Jacques Servan-Schreiber. Todas ellas brillantemente esclarecidas y hábilmente manejadas. Sería fácil perderse en este laberinto si no hubiese un hilo conductor: la reforma radical tiene por objeto esencial la ampliación y renovación de la «clase dirigente» francesa.

Esta clase se ve cada vez más contestada. Le bastaría, sin embargo, nos dice Servan-Schreiber, «salir de sus viejos marcos, renovar sus métodos de reclutamiento, renunciar a su conservadurismo», para poder aprovechar tantas «ocasiones que el capitalismo internacional le está obligando a perder continuamente».

Esto supone, según él:

1. Que se refuerce la posición de

sistema que «impide el indispensable crecimiento en número del grupo dirigente».

Jean-Jacques Servan-Schreiber no acepta en absoluto la idea, tradicionalmente admitida por un gran sector de la izquierda, de que la actual «clase dirigente» habrá de ceder el poder a otra clase, en este caso la de los trabajadores asalariados. No considera nada verosímil la hipótesis de una autogestión de las empresas. «¿Cómo pretender —escribe— que el personal esté capacitado para juzgar los problemas extremadamente técnicos y complejos que se les plantean a los dirigentes?». Del socialismo no conserva más que una fórmula general: «construir el mundo de los hombres fuera de las leyes de la fatalidad económica». Pero



Jean-Jacques Servan-Schreiber, en busca de una nueva clase dirigente.

los «managers», que deberían ser capaces de ejercer, en cada empresa, una especie de arbitraje entre el «poder patronal» y el poder sindical.

2. Que se conceda una igualdad de oportunidades a los hijos de los obreros y campesinos (en especial gracias a los servicios pedagógicos que deberían hacerse cargo de los niños desde la edad de dos años).

3. Que un aumento sensible de los derechos de sucesión provoque cierta distribución de las acciones en el mercado financiero.

4. Por último, que se abandone el sistema de las grandes escuelas y de los grandes cuerpos estatales,

desnaturaliza seguidamente el sentido de esta frase añadiendo que hay que dejar que el mundo evolucione según las leyes del mercado capitalista, es decir, según las leyes que expresan precisamente desde hace siglo y medio la «fatalidad» económica.

En realidad, Jean-Jacques Servan-Schreiber confía, sobre todo, en los «managers», cuyo papel es, y hay que admitirlo, cada vez más importante. Tanto en los países capitalistas como en los socialistas.

LA MISMA EXPANSION.—Nadie duda que estos «managers» puedan,



de vez en cuando, elaborar proyectos revolucionarios. Es lo que ha ocurrido en Francia y, en otro contexto, también en Checoslovaquia. Pero ya se ve lo que ocurre entonces. O bien los proyectos no salen del dominio de los informes y los libros (como ha pasado siempre en Francia), o bien los «managers» sienten cómo se hunde el suelo bajo sus pasos y entonces se vuelven bruscamente hacia la clase obrera, a la que habían ignorado hasta entonces (de ahí las promesas de «autogestión» lanzadas a las pocas semanas de la intervención soviética en Checoslovaquia).

Pero, ¿puede la clase obrera convertirse realmente en una nueva «clase dirigente»?

Es aquí donde Jean-Jacques Servan-Schreiber piensa poner en un apuro no sólo a los tecnócratas progresistas, sino también, claro está, a los marxistas. Las respuestas categóricas que éstos habrían dado unánimemente hace veinte años no pueden dárlos hoy más que quienes ignoran o quieren ignorar la realidad del mundo comunista. Donde quiera que se ha pretendido establecer el «poder de la clase obrera», se ha terminado, de hecho, asegurando el de una nueva capa social estrechamente ligada a la propiedad de Estado y a la gestión administrativa de la economía. Relativamente eficaz cuando se trata de resolver las tareas primarias de la industrialización, la dictadura de esta casta burocrática se revela casi impotente para resolver los problemas de una sociedad económicamente desarrollada. Lo que no la impide —observémoslo de paso— conseguir una tasa de crecimiento comparable a la de los países capitalistas. Los progresos de la ciencia y de la técnica aseguran al conjunto de países industriales, sea cual fuere su régimen político, una expansión media del 5 por 100 anual. La paradoja consiste en que la clase obrera se aprovecha menos de este crecimiento en los países en los que se supone que está en el poder, por la sencilla razón de que no tiene la posibilidad de luchar por sus reivindicaciones.

**LOS HOMBRES DE LO POSIBLE.**—Cometeríamos, sin embargo, un grave error si sólo considerásemos lo que existe hoy por hoy. El capitalismo tradicional atraviesa una crisis, y lo mismo ocurre con el socialismo de Estado. Ello explica la importancia que han cobrado últimamente los «managers». Su poder tiene, no obstante, sus límites. Pueden influir sobre una clase, pero no podrían sustituirla. Su situación los convierte en los hombres de lo posible y de lo inmediatamente posible frente a los hombres de la ideología y los grandes proyectos. Ahora bien, este posible se inscribe en el marco de la predominancia de cierta fuerza social (que no puede vivir y desarrollarse sin ideología): aquí, la burguesía; allá, la burocracia. Los «managers» tienen esto en cuenta. Fuera de las excepciones de que ya he hablado, las reformas

que proponen se sitúan en el interior de los sistemas existentes.

Siempre me ha sorprendido, en los coloquios y encuentros de la izquierda «modernista», la diferencia que separaba a los funcionarios de los servicios de estudios o de inspección —que tan bien representa Michel Rocard— de los funcionarios de gestión (industrial o financiera), a los que también podemos llamar «auténticos «managers»» del servicio público —cuyo prototipo en François Bloch-Laimé—. Los primeros aceptaban fácilmente las soluciones socialistas, los segundos no estaban visiblemente dispuestos a hacerlo más que el día en que el socialismo se convirtiese en una realidad. Por ahora juzgaban más sensato proponer una serie de respuestas precisas a una serie de preguntas concretas.

**UNA IZQUIERDA MIOPE.**—No es que ignorasen la importancia de los grandes problemas que dominan nuestra historia, y especialmente el mayor de estos problemas, el que Jean-Jacques Servan-Schreiber acaba de descubrir por más que Marx lo haya esclarecido hace ya un siglo, y que es el de la alienación del hombre por su propia creación: la industria. Pero no se sentían capacitados para dar una respuesta satisfactoria. Jean-Jacques Servan-Schreiber es el más audaz. Pero la solución que propone, es decir, la renovación y la ampliación de la «clase dirigente» burguesa me parece ridícula: asegura por medio de los «managers», el mantenimiento de la predominancia de una minoría capitalista sobre una mayoría de asalariados autorizados para contestar e incluso «participar», pero siempre desde la posición de subalternos.

No existe, sin duda, una respuesta global a corto plazo. Todos los atajos con los que sueña el ala religiosa —quiero decir el ala «maoísta» y espontaneísta— del movimiento revolucionario no son más que callejones sin salida. Pero desde hace unos cuantos años empezamos a darnos cuenta de las transiciones posibles y —lo que no es menos importante— a conocer las fuerzas sociales susceptibles de imponerlos. Jean-Jacques Servan-Schreiber, desde este punto de vista, ha subestimado la importancia de la «primavera» de Praga y la de la experiencia yugoslava (decepcionante en ciertos aspectos, pero apasionante en otros), del mismo modo que ha desestimado el papel de la nueva clase obrera y de la nueva intelligentsia por más que éstas son cada vez más influyentes dentro del país.

Pero, ¿cómo reprocharle esta actitud cuando el grueso de las fuerzas que se dicen socialistas se muestra tan tímido, tan miope y, en definitiva, tan conservador? En el plano táctico, el «Manifiesto» radical no debería plantearles apenas problemas a estas fuerzas. Hay, en el catálogo que se nos presenta, reformas muy discutibles y otras que son tanto más aceptables cuanto que gran parte de la izquierda socialista —a diferencia, es verdad, del partido radical— lleva ya mucho

tiempo preconizándolas. En el fondo, el «Manifiesto» constituye una especie de desafío que no será recogido más que en la medida en que el esfuerzo de renovación del pensamiento socialista prosiga y se acelere.

Hay quien me dice y me repite que no tengo razón para impacien-

tarme, porque la izquierda —incluidos los comunistas— empieza a moverse. Pero el problema no está en saber si la izquierda evoluciona, sino en saber si lo hace con suficiente rapidez para no dejarse adelantar a cada momento no sólo por las iniciativas exteriores, sino también por los propios sucesos. ■ GILLES MARTINET.

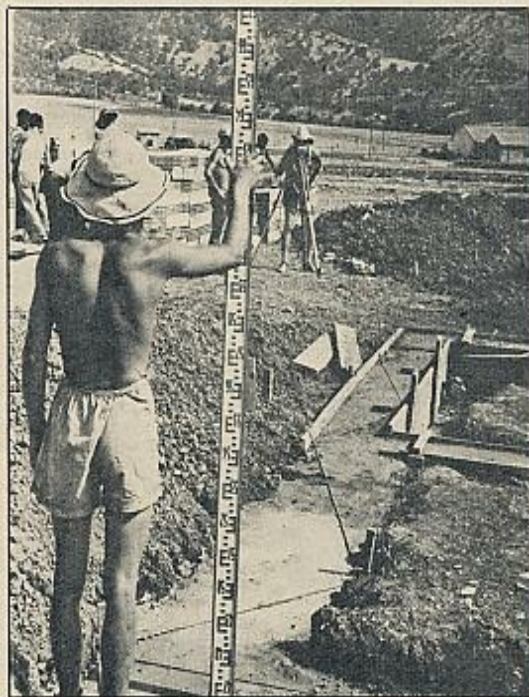
## EL DESAFÍO ARGELINO

### Prioridad a la educación en el plan cuatrienal

En Argelia no se habla de otra cosa sino del plan cuatrienal 70-73, que viene a continuar el trienio 67-69. Ha sido lanzado de forma espectacular. Ochenta periodistas internacionales han sido invitados a Argel para oír de boca del ministro de Información y de dirigentes de la economía argelina la exposición del plan.

Los planificadores son conscientes de los triunfos conseguidos (riqueza petrolífera, infraestructura moderna...) y animados por ellos (la producción ha aumentado más rápidamente de lo previsto) se han

advertido también los riesgos. ¿Serán rentables algunos de los proyectos industriales? ¿Podrán ser coordinados adecuadamente con proyectos del mismo tipo en los países vecinos? ¿No se han subestimado los peligros de la inflación? ¿No es excesivamente optimista la previsión de que durante cuatro años el consumo no aumentará más que el 5 por ciento, siendo la tasa de crecimiento demográfico del 3,2 por ciento? ¿Existe en el campo una organización suficiente para asegurar el éxito de la reforma agraria, que para ser eficaz deberá no solamen-



Hacen falta mil ingenieros y treinta mil obreros profesionales.

asignado objetivos ambiciosos. Esperan alcanzar una tasa de crecimiento económico del 9 por ciento al año (13 en la industria) y piensan aumentar la cifra bruta de la producción de 16.000 millones de dinares en 1969 a 22.000 en 1973.

Los periodistas especialistas en economía han apreciado el carácter equilibrado del programa, pero

te limitar la propiedad agraria, sino introducir las técnicas modernas en las pequeñas explotaciones del sector agrícola tradicional? Finalmente, ¿cómo paliar la penuria de cuadros? En Argelia hacen falta mil ingenieros, diez mil técnicos medios y treinta mil obreros profesionales.

«Por ser conscientes de todo esto —dicen los expertos argelinos— nos